

CHOROTES

Los chorotes viven en territorio argentino, boliviano y paraguayo. Este pueblo indígena está asentado en las orillas del río Pilcomayo, de cuyas aguas se servían antiguamente como pescadores, dedicados además a la recolección. En la actualidad, en la provincia de Salta, Argentina, viven uno 2.300 pobladores de esta etnia que tiene vínculos parentales con los wichís y chulupís, de la familia étnica matak-matagaya. Su tipo racial es el patagónico con influencia andina y brasileña.

Al idioma que utilizan se lo denomina chorote o tsoloti, lengua perteneciente a la familia matak-guaycurú, que está dividido en dos dialectos tan diferentes que pueden considerarse idiomas. El dialecto manhui y el majuy o chorote iyo'wujwa es hablado por 1500 personas en Argentina; en Bolivia, el censo de 1982 afirma que allí es hablado por 8 personas; el censo paraguayo de 1991 indica 500 personas. El dialecto denominado como chorote iyojwa'ja es hablado por 800 personas en Argentina.

Este pueblo no celebra la unión de la pareja, e incluso en su lengua no hay palabra que signifique matrimonio. La pareja se concreta cuando la mujer que busca marido elige entre los hombres al que tiene mas méritos como cazador y cosechador, o sea el que está más apto para alimentarla, a ella como a sus futuros hijos y a sus padres. La viudez de la mujer es muy lamentada pues implica la llegada de tiempos económicamente críticos.

Es común entre los chorotes la expresión ikái jwenthli, que significa "el camino es solo uno". La rase alusión al contexto de la casa materna donde todos vienen de un mismo útero, desde la abuela a los hijos. Con esto señalan que el camino hacia la vida pasa por las mujeres y por las generaciones ascendentes, que están conectadas con iñol tepij (los ancestros más antiguos).

Selva.

LAS GUERRAS DE LA RESISTENCIA CHOROTE

La tribu Chorote nunca olvidó sus orígenes, luchó siempre por sus tierras y su libertad.



Para conservar la memoria colectiva el pueblo conservó su historia por medio del relato oral transmitido de generación en generación.

Las mujeres apoyaban a sus esposos antes de salir a la guerra, organizaban bien la ropa para la batalla, el arco y la flecha, y luego se ponían todos juntos para hacer un momento de silencio por todos aquellos que no volverían, posteriormente se hacía un ritual de guerra y salían a combatir.

La mayor parte de las luchas contra los blancos se hicieron en la zona que va desde Pozo La China hasta más allá del río Pilcomayo.

En algunas ocasiones los guerreros indígenas perseguían a miembros del ejército, iban tras ellos siguiéndoles las huellas, buscando señales para saber si estaban cerca o lejos.

Para salir a la lucha los guerreros se preparaban, se pintaban la cara y el cuerpo, y se ponían plumas de loro en la cabeza.

La guerra causaba estragos en el pueblo, por eso protegían de manera especial a los niños, cavando pozos de cinco metros para meterlos allí, de modo que quedaran ocultos. En algunas ocasiones las mujeres participaban de las batallas para apoyar a sus esposos en la lucha por su tierra y su libertad.

Cuando pasaba la confrontación tenían una nueva vida por unos meses. Pero el enfrentamiento con los blancos provocó una gran cantidad de bajas en la población masculina, lo que generó que algunos hombres llegaran a tener hasta tres esposas.

La Luna, parte del mito Chorote.

En algunas ocasiones las mujeres participaban de las batallas para apoyar a sus esposos en la lucha por su tierra y su libertad.



Después de tres meses los blancos volvían a atacar y los Chorote a organizarse para resistir dividiéndose en tres grupos: un grupo los esperaba y los otros dos aguardaban escondidos para poder atrapar al jefe. Una vez que mataban al cabecilla de los soldados blancos su tropa se escapaba y el ciclo recomenzaba.

EHÉIE: EL MITO CHOROTE

Los Chorotes creen en la existencia de la vampiresa mítica, Ehéie. Según sus creencias se trata de una mujer muy bonita y joven que cometió el grave error de internarse en el monte durante su menstruación. Para este pueblo el periodo menstrual representaba un tabú por considerarlo violatorio de la pureza de la naturaleza. Como consecuencia los dioses decidieron transformar a Ehéie en un ser maligno, sumiéndola en un profundo sueño. Las víboras del monte la rodearon y anidaron una a una en su vientre. Al despertar, la joven ignoró lo sucedido ya que seguía viéndose tan bella como antes.

Al regresar a su casa, Ehéie vio la luna iluminando la selva y sintió un deseo intenso por su esposo. Se abrazaron de manera apasionada y en ese instante las serpientes salieron sorpresivamente del cuerpo de la mujer y dieron muerte a su marido. Ehéie se volvió loca con lo sucedido y desapareció en el monte. Desde entonces la atractiva mujer seduce a los hombres que llegan a la selva y luego los mata. En tanto, los chorotes entristecidos por los hechos desgraciados, pidieron ayuda a Ahóusa, el dios Carancho, que fue quien luego de investigar descubrió la razón por la que morían los hombres. Una vez descubierta la verdad, Ahóusa indicó al pueblo que para terminar con las muertes tenían que incendiar el monte y terminar así con el terror que generaba la mujer maldita. Los pobladores siguieron las indicaciones y quemaron el monte y con él a la mujer que lo habitaba. Pero Ahóusa sospechó que algo de su maldad podría haber sobrevivido, así que buscó el cadáver de Ehéie y observó que un pequeño animal había nacido entre sus restos. Al remover las cenizas, un vampiro levantó vuelo, y antes de escapar anunció a Ahóusa que de ahí en más chuparía la sangre de animales y hombres mientras estos estuviesen sumidos en un profundo sueño.



Río Pilcomayo.



Vivienda de los chorotes.

Los Chorotes creen en la existencia de la vampiresa mítica, Ehéie.

